



Editorial



Todos los espacios de la sociedad son espacios de socialización. Ninguno de ellos tiene sentido si no contribuye, de alguna manera, a producir los sujetos que se enganchan en las contradicciones sociales y que producen, con su participación, la continuación o la transformación de dichos espacios de socialización y de dichas contradicciones.

De esta forma, no se trataría de precisar cuáles son las "influencias" de lo social hacia la educación, ni —en una versión más refinada, más refractaria a la experiencia— de mirar las "mutuas influencias", o sea, describir también cómo influye la educación en la sociedad. Así como Robinson naufraga y en su so-

ledad lo que hace es repetir su sociedad (por ejemplo cuando encuentra a alguien lo esclaviza, como su país lo hacía por aquel entonces), así la educación es la sociedad, en su seno ocurre la sociedad, con sus tensiones y sus problemas propios. ¿Cómo podríamos decir "sociedad", sin estar diciendo al mismo tiempo "educación"?

Cuando los educadores nos referimos a la familia como espacio de socialización, algunas veces lo hacemos para mostrar cómo una estructura familiar específica "determina" unas formas de estar luego en la escuela. Por un lado, las investigaciones al respecto han logrado traer a cuento el hecho de que la diferencia familiar implica di-

ferentes desempeños en la escuela y que, por lo tanto, las diversas competencias de los estudiantes no dependen solamente de un dispositivo cognitivo individual, acaso natural, sino que hay una dinámica social que es fundamental. Pero, por otro lado, quizá la mirada sobre la familia se haya pensado en relación con la idea de los orígenes: mientras más atrás busquemos, más fácil va a ser encontrar las causas actuales y, en consecuencia, las soluciones. No obstante, ¿acaso la familia estaba antes que la educación? No podemos suponer un origen en lo social (un huevo o una gallina); las formas como la familia influye para que los desempeños de los estudiantes estén caracterizados de cierta

manera, ya es un efecto de lo social; es decir, también es un efecto de la educación. Que un niño tenga o no un espacio dedicado para hacer sus "trabajos" de pintura, picado, plastilina, etc., aun antes de ir a la escuela, es una decisión que toman las personas que están a su lado, *porque tienen una posición frente a la escuela*, y esa decisión resulta teniendo relevancia para el desempeño del niño.

Ahora, la posición frente a la escuela no viene solamente de una autonomía del sujeto; viene de una participación en el complejo social, participación que no es igual para todos.

Si estas consideraciones tuvieran alguna validez, habría que reconocer que todos los esfuerzos por conocer la educación, en primera instancia, introducen nuevas cosas en su objeto de estudio y, por lo tanto, lo conocido ya forma parte también del esfuerzo por conocerlo. En cuyo caso no es que la investigación educativa haya descrito la educación, sino que, en la medida de lo posible, ha transformado (en cualquier sentido, aquí no se trata de hablar de "mejoramiento") la educación y ha producido formas de relacionarse con ella: después de estudiar a Piaget, un maestro no sólo pretende entender de una manera particular el proceso de conocimiento en el niño, sino que actúa y vive su trabajo de manera distinta.

Pero, en segunda instancia, los esfuerzos por conocer la edu-



cación forman parte de esa red social en la que es muy difícil poner límites. En la consideración anterior, parecía que la educación tuviera una esencia independiente del suceder social; pero, ¿acaso hemos recortado los fenómenos sociales por los mismos bordes para llamarlos de la misma manera en todas las épocas? Así como la física era parte de la filosofía en la época de Newton y hoy ya no se la considera así, los límites y las relaciones que se le reconocen a la educación han cambiado; y en este cambio todo influye, por supuesto de manera diversa. La investigación sobre la educación no es que haya agregado objetos y posiciones (sutil diferencia) a la educación, sino que ha intervenido en el proceso mismo de hacerla existir (lo que incluye, por ejemplo, esas agregaciones).

Es en un contexto como éste en el que los artículos en el presente número de *Pedagogía y saberes* establecen un hilo conductor: la reflexión sobre los estilos educativos y la socialización, sobre lo que ha sido un programa de formación de educadores en la Facultad de Educación de la UPN, sobre los perfiles de profesor que se derivan de las teorías pedagógicas, sobre los límites y las propuestas de las disciplinas que circulan en lo educativo, sobre lo que se juega cuando hablamos de formar en investigación.

El consolidado no está hecho, es tarea de nuestros lectores.